

El tercer capítulo está dedicado a la significación del matrimonio. Dos son los argumentos que queremos subrayar. En primer lugar cabe destacar la afirmación de que también la bendición de la Iglesia es principio constitutivo del sacramento del matrimonio (cfr. pp. 187 y 192). Se recuerden a este respecto los estudios de Eugenio Corecco sobre el ministro del sacramento del matrimonio y la misma tradición oriental (cfr. CCEO, can. 828). La reflexión de san Buenaventura sugiere la oportunidad de recuperar en nuestros días la importancia de la bendición matrimonial en la reflexión teológica sobre el matrimonio. En segundo lugar, otro elemento que teológicamente ha sido en parte oscurecido a lo largo del tiempo, y que la reflexión del Seráfico subraya convenientemente, es la centralidad de la cópula carnal. Tratándose de sacramentos, y por tanto de «signos», es evidente que la plenitud de significación, que la consumación comporta en cuanto significante de la unión hipostática, constituye un elemento fundamental para la elaboración teológica. Pero no solo, la consumación matrimonial conduce el matrimonio a su plenitud también en cuanto *officium* y *remedium* (cfr. pp. 207-208). A este propósito la teología de san Buenaventura es de una gran riqueza y merecedora de amplia difusión.

La presente monografía, de notable valor científico, constituye por tanto un rico estímulo para cuantos están llamados a elaborar una renovada reflexión teológica sobre el sacramento del matrimonio.

Gabriel RICHI

Paul O'CALLAGHAN, *Christ Our Hope. An Introduction to Eschatology*, Washington D.C.: The Catholic University of America Press, 2011, xv + 358 pp., 15 x 24, ISBN 978-0-8132-1862-5.

Es de agradecer que una introducción a la escatología esté escrita de modo que no interese solo a los teólogos de oficio y a los estudiantes de ciencias sagradas. Woody Allen, el Harvard Business Review, Mark Twain, G. M. Hopkins, T. S. Elliot y grandes escritores cristianos franceses del siglo XX, como Bernanos o Marcel son (dando por descontado el notable arraigo de este libro en la Biblia, los Padres y en los grandes teólogos de todas las épocas) algunos de los nombres presentes en *Christ Our Hope* que lo harán atractivo a un público mucho más amplio, por su conexión natural con la cultura con-

temporánea. Lógicamente, no es esta solo una cuestión de nombres o de forma (aunque esta es siempre importante) sino de que el autor busca dar respuestas a preguntas muy importantes, procurando que sean comprensibles, completas y, muchas veces, hermosas.

Paul O'Callaghan es bien conocido para los lectores de *Scripta Theologica*. Actualmente es miembro de la Pontificia Academia de Teología y profesor de Antropología y de Escatología en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz en Roma. La conexión cultural antes aludida (y que echamos de menos con frecuencia en muchos manuales y en esa parte de la teología actual, demasiado «eclesiástica», por decirlo de alguna manera) es una muestra de que la obra que presentamos refleja bien los años que el autor lleva enseñando y pensando sobre la escatología. El texto trata con claridad y belleza de las realidades últimas que esperamos los cristianos, respondiendo a todas las cuestiones de interés sin eludir temas con el argumento de que no se debe explicar demasiado. Por ejemplo, el capítulo sobre el infierno tiene aquí más de veinte páginas, el del cielo unas cuarenta y el de la muerte treinta. Naturalmente, esas explicaciones se ajustan al volumen de una introducción y no buscan satisfacer curiosidades o responder lo que no tiene respuesta en la revelación.

El libro está estructurado en torno a la virtud teologal de la esperanza y está dividido en cinco partes: La primera (I) –*The Dynamic of Hope*– es breve y en ella se considera la centralidad de la esperanza, los fundamentos epistemológicos de la escatología cristiana (el valor que pueden tener las afirmaciones escatológicas del NT) y algunas cuestiones hermenéuticas. La segunda (II) es la sección central de la obra y ocupa la mayor parte del volumen. Se titula *The Object of Christian Hope*. Allí trata el autor de la Parusía, la resurrección de los muertos, de los «nuevos cielos y la nueva tierra», del juicio final, del cielo y del infierno. La parte III, *The Stimulus of Hope in the World* (El estímulo de la esperanza en el mundo) estudia el aspecto presente o realizado de esa esperanza: presencia y visibilidad del Reino de Dios en la tierra, en la vida humana y de la Iglesia y en la actividad política. Luego la cuarta parte (IV), *Honing and Purifying Christian Hope* (Perfeccionando y purificando la esperanza cristiana) trata de la muerte, el purgatorio y la escatología intermedia. El libro se cierra con una breve sección –*The Power and Light of Hope* (El poder y la luz de la esperanza)– donde se presentan las relaciones entre la escatología y otras partes de la teología sistemática, subrayando la importancia del tratado y la luz que arroja sobre esas otras partes.

La esperanza es un tema que O'Callaghan ha estudiado desde hace muchos años, como prueban algunas de sus publicaciones sobre el tema en Gabriel Marcel y en Ernst Bloch (cfr. «Hope and Freedom in Gabriel Marcel and Ernst Bloch», *Irish Theological Quarterly* 55 [1989] 215-239 y «La metafísica de la esperanza y del deseo en Gabriel Marcel», *Anuario Filosófico* 22 [1989] 55-92) y la estructura del manual en torno a ella ha quedado como algo natural y no forzado.

El esquema del manual es el más usual desde el s. XX (aspectos colectivos antes de los individuales, etc.). Si bien poner la virtud de la esperanza como quicio del tratado tampoco es enteramente novedoso, es posible que, hace un par de décadas, hubiera sido asociado a una escatología (*teología de la esperanza*) que estaba más interesada en el hombre y su acción terrena (lo que O'Callaghan llama *the stimulus of hope*, el estímulo o acicate de la esperanza para esta vida) que en el tratar de las realidades últimas. Pero en la obra que comentamos la elección parece del todo acertada: por una parte permite al autor poner el centro del tratado en Cristo (esa «concentración cristológica» de la que hablaba Daniélou en 1954), en quien nuestra «esperanza está personalizada» (J. RATZINGER, *Escatología*, Barcelona: Herder, 1979, 24). Por otra parte, le facilita expresar que la escatología es también respuesta antropológica a esas preguntas importantes y universales aludidas en el primer párrafo de nuestro comentario: la cuestión del destino escatológico, esto es, del tipo de inmortalidad, que les espera a los hombres después de la muerte (cfr. 333). Nos parece, en este sentido, que la obra de O'Callaghan goza de una notable consistencia antropológica, por varias razones. Apuntamos aquí tres. En primer lugar, es convincente al mostrar que el objeto de nuestra esperanza es adecuado, atractivo, deseable y lleno de sentido para los hombres. Segundo, presenta una visión equilibrada –holista– del hombre. Y, la tercera razón, es que O'Callaghan, como han hecho también otros autores, resalta bien al hombre (y a su destino) como ser relacional, creado para la comunión con otros seres.

Benedicto XVI en *Spe Salvi* (10) admite abiertamente como un desafío el que para muchas personas de nuestro tiempo, más interesadas en esta vida que en la siguiente, la promesa de la vida eterna no es atractiva sino hasta aburrida. Es por eso que tanto la estructura de la obra que comentamos como la consistencia antropológica de la que hablamos es –según nos parece– una respuesta consciente y bien lograda a ese desafío.

Otro interés de O'Callaghan que está en consonancia con los desarrollos actuales de la escatología es el de su aspecto pneumatológico. El autor ya había

publicado sobre la materia («L'agire dello Spirito Santo, chiave dell'escatologia cristiana», *Annales Theologici* 12 [1998] 327-373) y en esta obra intenta contribuir a superar ese «olvido» del Espíritu Santo que, pese a la mayor conciencia en algunos sectores (especialmente en la teología bíblica, cfr. J. J. ALVIAR, *Escatología, balance y perspectivas*, Madrid: 2001, 123) sigue presente en la materia. Para el autor, acertadamente, el rol del Espíritu Santo no es tanto el de enseñar o revelar a los cristianos el contenido de la vida eterna y la Parusía, sino que, en cuanto don divino, su papel es especialmente el de hacer presentes y operativas las realidades escatológicas en la mente y el corazón de los seres humanos. El Espíritu es el que establece la *adaequatio* entre realidad revelada y el corazón y la mente humanos, y lo hace despertando en el corazón del creyente un *affectus*, algo del amor tierno entre Padre e Hijo que el creyente percibe como una inefable presencia de la vida divina como don. El Espíritu Santo es el protagonista de la dinámica de la esperanza en la vida de los cristianos pues los «convence» de que lo que esperan es posible y verdadero (cfr. 33-36).

Del libro puede alabarse también la amplitud de perspectiva. Solo con mirar el índice de nombres (que se agradece), se puede apreciar con facilidad el de los autores más citados por O'Callaghan. Dejando aparte las muchas (pero nunca redundantes ni superfluas) referencias a los Padres (sobre todo a san Agustín y Orígenes), Santo Tomás es el más importante. Entre los contemporáneos, además de von Balthasar, el recurso a W. Pannenberg es también casi constante y provechoso, pues toda la teología del luterano se ha construido desde el punto de vista del mensaje escatológico de Jesús.

La obra también incluye un excelente índice temático general. Echamos en falta un índice de referencias bíblicas.

Un último punto merece ser destacado. Tal vez a causa de sus estudios sobre la apocalíptica (pues es sabido que los estudios sobre este género literario han contribuido a entender mejor las descripciones bíblicas de los «nuevos cielos y nueva tierra») el desarrollo que hace el autor de la escatología cósmica nos ha parecido excelente (115-129). En él muestra con sencillez y profundidad que el hombre es un ser en el cosmos y que este está asociado a él en su historia de unión con Dios. O'Callaghan hace eco la enseñanza de *Gaudium et Spes* que afirma que lo bueno construido por el hombre permanecerá, purificado y perfeccionado (GS 39), por lo que, en consecuencia, la esperanza cristiana no es un incentivo a desentenderse de la construcción de un mundo más digno y más justo sino una llamada a trabajar confiando en que sus obras son importantes y permanentes.

RECENSIONES

No nos queda más que decir que esperamos que esta obra tan completa, equilibrada y bien escrita sea leída, estudiada y disfrutada por muchas personas.

Jorge Federico HERRERA GABLER